

mostró, en la esquina de una calle que desemboca en el Mercado Viejo, esta inscripción: *Calle de las Tres Cabezas*.

Villanueva del Arzobispo, 23 de octubre.

Estoy en Villanueva del Arzobispo, y espero llegar á Sens esta noche; no sin dificultad, amada esposa, pues hay que pelearse en las puertas de las diligencias; tan increíble es la aglomeración. Hace un momento éramos quince en un horrible *cucú* (ómnibus de carretera), *siete en el imperial*.

Cuento hallarme en París el 27 ó el 28, hacia las dos de la tarde. Procuraré de todos modos que sea el 27, pues no puedo explicarte mi impaciencia por llegar y abrazaros á todos.

Pienso con gozo que encontraré en Fontainebleau una buena carta tuya, y tuya también, Didina mía, ¿verdad?

Querida esposa; cuida mucho en todos esos trabajos interiores, que no se altere nada en mi gabinete de trabajo. Al partir, puse en mis armarios y cajones que cerré después, todos mis manuscritos que son papeles sueltos, como sabes. Encerré en una alacena el cajón de la mesa en que escribo con todo lo que contenía. Ten cuidado que no se abra nada y que no se toque nada, pues un solo papel perdido sería irreparable.

Es la última vez que te escribo. Ahora seré yo mismo quien te traerá noticias mías, adorada Adela. Luego os veré á todos, mis seres queridos. Estad alegres como lo estoy yo. Hasta luego. Os abrazo cariñosamente, y á ti la primera, esposa mía. A ti.

V.

## XII

### LA CATEDRAL DE SENS

Hojas de álbum

24 de octubre.

Podría decirse que *todo anda á pares* en la catedral de Sens; toda cosa bella ó curiosa tiene allí su pareja. Hay la torre de piedra y la torre de plomo; la capilla románica y la iglesia gótica; á la extremidad septentrional del crucero, el rosetón de Juan Cousin, que representa el cielo; en la extremidad meridional, el gran rosetón de Roberto Pinaigrier, que figura el infierno; en el coro, la tumba del gran delfín, por Coustón; en las naves laterales, la tumba del cardenal Duprat, por el Primaticio; el canónigo Nicolás Richer, que ha legado á la iglesia un altar donde está esculpida la Pasión en el exquisito estilo del Renacimiento; el arzobispo Tristán de Salazar, que le ha dejado su admirable tumba en gótico flamígero; el epitafio del mariscal del Muy, y el jube ó tribuna del cardenal de Luynes; en el tesoro hay la tapicería de Nancy, donde están pintadas las historias de Esther y de Betsabé, y la tapicería de Brujas, donde está representada la adoración de los pastores; la cabeza de san Román, abad, y la cabeza de san Víctor, soldado;



un marfil bizantino, biblia candorosa y encantadora, junto á un marfil de Girardón, admirable Cristo viviente y dolorido; el sillón de madera de san Lobo y el cubre retablo de seda y oro del cardenal de Borbón; el dedo de un papa Gregorio, que era del siglo VII, y el anillo de otro papa Gregorio, que era del XIV; el manto de la consagración de Carlos X, todavía completamente nuevo y reluciente de oro, y la vieja casulla agujereada de Tomás Becket, aquel otro desterrado; la cruz de madera de la verdadera cruz regalada por Carlomagno al obispo Magno, y la capilla de plata dorada regalada por Napoleón al cardenal Maury; la humilde firma de *Vicente de Paul*, indigno sacerdote de la Misión, y la violenta divisa del cardenal de La Fare: *Lux nostris hostibus ignis*.

Todos los contrastes alternan en la admirable iglesia y se resuelven en armonías; toda clase de cicatrices se confunden y se entrecruzan en ella; todo género de ideas brota de cada piedra. El 93 devastó el sepulcro de Tristán de Salazar; una salva de artillería, tirada á la entrada de no sé qué rey, rompió el gran rosetón de la fachada; la estupidez revolucionaria de una parte, y la estupidez monárquica de la otra. A la izquierda de la entrada del coro, se encuentra el emplazamiento del altar en donde el obispo Gualterio Cornu casó á san Luis el 27 de mayo de 1234; en el coro, aquellas cuatro figuras tan cariñosamente esculpidas por Coustou, son el cenotafio del gran delfín. Debajo de aquel mármol no hay tan sólo el hijo insignificante de Luis XV, hay también Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X; es decir, la raza de san Luis extinta y resumida en tres reyes: el rey decapitado, el rey desterrado y el rey arrojado. La gran rama real nacida de Luis XI sale de aquel altar y acaba bajo aquella tumba. Entre la tumba y el altar hay cuatro pasos y seis siglos.

Después de haber visto ese altar y ese sepulcro, esa alfa y esa omega, se entra en el tesoro, y la impresión es completa cuando se lee en la soberbia tapicería de Carlos de Borbón el antiguo grito de guerra de la casa: *Ni esperanza ni miedo*; divisa que olvida á Dios y que parece hecha para una familia muerta.

En el 93, los ataúdes flordelisados del monumento de Coustou fueron abiertos, y los dos ataúdes y los huesos del delfín y de la delfina llevados al cementerio común. Pero en 1814, cuando Luis XVIII volvió á entrar en el Louvre, el delfín su padre volvió á entrar en su tumba. Esta restauración ha tenido mejor fin que la otra; y cuando se considera los pasos que los espíritus dan cada día hacia la idea y la razón, se puede decir, sin temor de equivocarse, que en adelante ninguna revolución volverá á perturbar á los cuatro fantasmas de mármol que lloran sobre la casa de Borbón ante el altar mayor de Sens.

Hay que decirlo aquí: Carlos X, en 1825, tuvo una idea conmovedora y que hubiera sido digna de un rey pensador. Hizo celebrar un oficio solemne para el gran delfín, y envió su manto de consagración para cubrir el ataúd de su padre. Antes que el destierro le arrancara el manto, lo había dado ya á la muerte.

He indicado más arriba que el palio real está conservado en el tesoro; es de terciopelo violeta, flordelisado, con abejas bordadas aquí y allá entre las flores de lis. No sin tristeza lo contemplaba yo colgado en la percha de un viejo armario en la catedral de Sens; lo había visto el 25 de mayo de 1825 en la catedral de Reims, sobre los hombros del rey de Francia. Todo se confundía en mi emoción, el viento de otoño, el día brumoso, la lluvia de octubre, que azotaba la fría vidriera blanca de la cámara del tesoro, y el recuerdo del magnífico día de la consagración, de aquella deslumbradora mañana de primavera, de aquel admira-



ble sol de mayo que atravesaba el gran rosetón de Reims y lo hacía resplandecer por encima de nuestras cabezas á través de las nubes de incienso, como la rueda de llamas del carro de Elías.

¿Dónde está ahora todo aquello?

Esa catedral de Sens es así de un extremo á otro. Es arte complicado con la historia; es la religión del alma poderosamente combinada con la filosofía de los hechos.

Los antiguos canónigos están enterrados debajo del coro; los antiguos obispos en el propio coro. Una simple lápida de mármol negro incrustada en el pavimento de mármol blanco, indica la sepultura de cada uno con su nombre. *Jacob Davy du Perron Card. lis M. 1618.*—*Gualter Cornu. ob. 1241.*—Nada más. Todos se mezclan allí, huesos irreconocibles, cenizas confundidas, los santos junto á los ambiciosos, los mártires con los mundanos, san Lobo con Duprat. Por encima de ese pavimento, y como un árbol que hubiera arraigado en él, se levanta sobre una columna un gran reloj del siglo xv, cuyo péndulo se deja oír en la sombra como el rumor de los pasos del tiempo. En el pináculo que remata el cuadrante, un ángel marca las horas, y el reloj, hablando como una voz humana, parece dirigir á los vivientes este consejo de los muertos inscrito en su plinto: *Vigilate quia nescitis diem neque horum.*

Como decía al empezar, todo es contraste en esta iglesia. Si no se hallara envuelto todo en la gran unidad misteriosa del monumento, sería como un caos de impresiones contradictorias. Tomás Germain ha cincelado en plata el venerable semblante de san Lobo, y el Primitivo ha esculpido en mármol blanco la cara redonda, ancha y vulgar de Duprat. La semejanza es completa. Aquel es el hombre que Beaucaire calificaba de *bipedum omnium nequissimus*. Los cua-

tro bajo relieves son, por otra parte, admirables. Representan á Duprat como canciller que preside un tribunal, como canciller que preside un capítulo, como legado haciendo su entrada en París, y como arzobispo haciendo su entrada en Sens. Duprat estaba muerto cuando hizo su entrada en Sens. La ceremonia no se descompuso por ello. Puede decirse que no tomó parte en ella. Pusieron el cadáver á caballo, con las manos cruzadas, con la mitra en la cabeza, la capa en los hombros, y le pasearon procesionalmente por la ciudad bajo un palio llevado por cuatro canónigos. El bajo relieve le representa así, y se entrevé detrás del arzobispo al hombre que le sostenía durante el paseo á caballo. En el 93, algunos brutales destrozos desfiguraron en parte esa escultura tan severa y tan delicada. Es triste. En rigor se podía maltratar el ataúd, pero había que perdonar la tumba; se podía insultar á Duprat, pero debía respetarse al Primitivo. La misma historia no tiene derecho á tocar lo que el arte le toma.

Yo admiraba en uno de los armarios del tesoro un elegante copón con tapadera del siglo xvi, de plata dorada, con arabescos de follajes. Aquí también un recuerdo lúgubre alterna con una cosa agradable. Ese copón fué robado en 1531 por un joven loco de diez y nueve años llamado Juan Pagnat. En el fondo de ese robo había una aventura de amor. El copón fué encontrado debajo un montón de piedras, y el joven fué quemado vivo delante la puerta de la catedral. De suerte que esa graciosa copa del Renacimiento contiene una tragedia. En algunos momentos, por entre los dorados reflejos de aquella exquisita joya, parece que se ve temblar la llama de una hoguera.

Al cabo de algún tiempo que me paseo por una catedral, me asalta poco á poco una de esas profundas meditaciones que son como un crepúsculo que cae



en el espíritu. Una catedral es para mí como un bosque; los pilares son los altos troncos, en cuya cima los haces de nervios se cruzan como ramas cargadas de tinieblas; las capillas del Renacimiento se entreabren en la sombra de las grandes arcadas como trozos en flor al pie de las encinas. Nada me absorbe tanto como la contemplación de aquella extraña obra del hombre, en la que se reflejan tan misteriosamente la naturaleza y Dios. Allí todo me ocupa y nada me distrae. El órgano pasa como el viento; las torrecillas negras é inextricables se erizan sobre las tumbas como cipreses; las vidrieras brillan en el fondo de los ábsides como estrellas entre follaje. Pasados los primeros instantes nada veo en detalle, todo llega hasta mí en masa. El sacristán vaga apagando los cirios. Los confesonarios cuchichean, un sacerdote anda por la penumbra en las naves laterales, los rumores se dilatan bajo la bóveda y repercuten con inefables prolongaciones, una puerta que se cierra en las profundidades del santuario, lanza un eco dulce como un suspiro y á la vez terrible como un trueno. Y sueño.

Mientras estaba soñando en la catedral de Sens, pusieron dos caballetes ante el altar de una capilla, y luego dispusieron algunos cirios en torno á los caballetes; un momento después encendieron los cirios, colocaron un ataúd corto y estrecho sobre los caballetes y echaron un paño blanco sobre el ataúd. En el mismo instante—nada arreglo y explico las cosas como las vi—, en el mismo instante un grupo muy distinto atravesaba la iglesia. Eran unos pañales llevados por algunas mujeres, rodeados de hombres, y conducidos por un cura que iba á la capilla del baptisterio. En aquella iglesia había dos niños. Iban á bautizar al uno y á enterrar al otro. No eran un recién nacido y un viejo, el principio y el fin de la vida; lo repito, eran dos niños, dos vestidos blancos, lleva-

dos el uno por una nodriza, el otro por un-ataúd; dos inocentes que iban á empezar á vivir entrambos al mismo tiempo, pero de dos modos diferentes, el uno en la tierra y el otro en el cielo. Había en aquella penumbra una madre feliz y otra madre desesperada. Para no perturbar aquel grande encuentro de dos misterios, me retiré junto á la puerta, detrás de las tablas que ocultan las reparaciones que se hacen en la iglesia. No veía nada; pero oía, allá en el fondo de la catedral, entre el vapor de las lejanas capillas del ábside, voces divinas, voces de niños, voces de ángeles, que cantaban el canto de los muertos; y junto á mí, detrás de la barrera de tablas, una voz de hombre, lenta y baja, que murmuraba al oído del recién nacido las graves recomendaciones del bautismo. En el estado de ensueño casi visionario en que me hallaba sumido, creía ver las dos puertas del cielo entreabiertas. Por la una un alma volvía á Dios, por la otra un alma volaba hacia nosotros. Los serafines saludaban á la una, Jehová hablaba á la otra. El canto de regreso me parecía alegre; los consejos de la partida me parecían tristes.

Seguí al niño que llevaron á la tierra. Pusiéronle en un cementerio verde y florido de margaritas que rodea una vieja iglesia en el extremo del suburbio, una pobre iglesia del campo. Luego erigieron en la hoya una piedra blanca. Sin duda grabarán en ella su nombre. Mientras tanto, saqué el lápiz y escribí sobre aquella piedra estos cuatro versos:

Enfant, que je te porte envie!  
Ta barque neuve échoue au port.  
Qu'as-tu donc fait pour que ta vie  
Ait sitôt mérité la mort? (1).

(1) ¡Oh, niño, cuánto te envidio!—Tu barca nueva zozobró en el puerto.—¿Qué has hecho para que tu vida—haya merecido tan pronto la muerte?